



En busca de San Juan y el retorno de los inmigrantes al Cabo Verde rural¹

Isabel P.B. Fêo Rodrigues²

Recibido: 16 de febrero de 2016 / Aceptado: 27 de abril de 2016

Resumen. Centrado en la revitalización de las fiestas de San Juan en un pueblo de la isla rural de São Nicolau (Cabo Verde), este artículo destaca cómo esta tradición es coproducida y preservada —por quienes se quedan y quienes se van— en un esfuerzo orquestado para despertar el deseo de retornar. Estos eventos no solo ayudan a mantener las relaciones de los migrantes con su país de origen, también aseguran sus inversiones y regalos. Este artículo discutirá, en primer lugar, los preparativos para ir a la fiesta de San Juan realizados en el contexto de la diáspora caboverdiana en EE.UU. A continuación me centraré en la fiesta como es hoy día, y en la presencia capilar de dichos migrantes en la isla, mostrando cómo San Juan, la vida y el bienestar del pueblo son coproducidos por la participación de los migrantes, los cuales se encuentran en un punto medio entre aquellos que se quedan y aquellos que se van.

Palabras clave: Migración; diáspora; Cabo Verde; fiestas; cultura popular; remesas.

[en] In Search of Saint John: Reinventing Tradition for Migrants and Tourists in Cabo Verde

Abstract. Following the revitalization of a popular feasts such as *San Jon* in Cabo Verde, this article highlights how this traditional feast is co-produced by those who left their rural villages in search of a better life in the USA and those who stay hoping to enhance the emigrant's desire to return. These collective events not only help to sustain a relationship with a homeland, they also contribute to the flows of emigrant remittances and a transnational flow of gift exchange. In between departing and returning, migrants revitalize traditions, contribute to the wellbeing of rural lifestyles, and become agents of economic and cultural investment in their homeland.

Key words: Migration; Diaspora; Cabo Verde; Feasts; Popular Culture; Remittances.

Sumario: 1. Introducción. Capitalizando la tradición: *Si Ka Badu, ka ta Biradu*. 2. Preparación para San Jon: Tradiciones construidas entre la diáspora y el país de origen. 3. A la espera de los migrantes: la tradición de San Jon en medio del abandono rural. 4. Un retorno al año siguiente: *San Jon Ka More, Saint John no murió*. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: Fêo Rodrigues, I.P.B. (2016). En busca de San Juan y el retorno de los inmigrantes al Cabo Verde rural, en *Revista de Antropología Social* 25(2), 261-279.

¹ Agradezco a Susana Castillo las revisiones de este artículo y sus sugerencias de mejora. Quiero expresar también mi agradecimiento a los evaluadores anónimos por sus comentarios, así como a los traductores por la calidad y el rigor con que han traducido este artículo.

² Universidad de Massachusetts Dartmouth
irodrigues@umassd.edu

1. Introducción. Capitalizando la tradición: *Si Ka Badu, ka ta Biradu*

El antiguo dicho caboverdiano esconde la sabiduría esencial de la supervivencia diaria en un país donde todo el mundo tiene un familiar en el extranjero —*Si Ka Badu, ka ta Biradu*. Si uno no sale a ganarse la vida fuera de su país, no se puede permitir el lujo de regresar a Cabo Verde. Este movimiento de salida y retorno rodea todo lo que a menudo implica una vida fuera de casa. En medio de las salidas, se espera volver múltiples veces, trazando un movimiento continuo o trayectoria de compromiso con el país de origen. Este ensayo sigue la trayectoria de compromiso con su país de origen en la diáspora caboverdiana, centrándose en la fiesta de San Juan, la cual sigue siendo una de las reuniones populares más grandes que se celebran a lo largo de las Islas de Cabo Verde, atrayendo a migrantes retornados y turistas. Dado su atractivo frente al cambiante contexto socio-económico, estas fiestas se deben analizar más allá de lo folclórico y de su fachada de entretenimiento diseñada para atraer visitantes, turistas y migrantes. En este artículo sugiero que las fiestas también son lugares que exponen las vidas vividas entre la migración y el retorno, reflejando la propia agencia de los migrantes, así como la voluntad de involucrarse y participar en la vida, y preservar selectivamente las tradiciones rápidamente cambiantes de su país de origen.

Mi atención se centra en la Fiesta de San Juan, o *San Jon* en criollo caboverdiano, y en cómo esta celebración, en un pequeño pueblo rural de la Isla de São Nicolau, está relacionada con la capacidad —material, emocional, y simbólica— de volver. Este trabajo se basa principalmente en la observación participante y en la participación directa, junto con los caboverdianos, de los preparativos y planificación de sus etapas de viaje desde los Estados Unidos hasta la isla de São Nicolau. He seguido los pasos y la planificación de los migrantes, así como los viajes entre las islas, participando en las economías domésticas del archipiélago, compartiendo regalos y fomentando la formación de nuevos lazos sociales.

Una parte esencial de mi interés sobre la celebración de San Jon en la isla de São Nicolau se debe también a mi propio compromiso con la literatura caboverdiana y su énfasis en la emigración hacia América. En concreto, estoy traduciendo con un amigo de São Nicolau (Dr. Carlos Almeida) el trabajo de Baltasar Lopes, *Chiquinho*, que se podría considerar como la primera novela de Cabo Verde. Quisimos seguir los pasos del protagonista Chiquinho, un chico de Caleijão —un pueblo rural de São Nicolau—, cuya familia había sobrevivido durante dos generaciones (padre y abuelo) gracias a la migración a New Bedford, Massachusetts. Casi un siglo más tarde, quisimos replicar la ruta de Chiquinho y entender cómo la emigración a Estados Unidos conforma la cultura y la supervivencia de la isla. Este ensayo es, por tanto, fruto de la confluencia de dos viajes: uno perteneciente al pasado, basado en el texto escrito por Baltasar Lopes, el otro perteneciente al presente, basado en los viajes de retorno de los migrantes contemporáneos en los Estados Unidos. Figurativa y corporalmente ambas rutas confluyen por San Jon³.

³ Me gustaría dar las gracias a los amigos caboverdianos que nos prestaron ayuda y nos alojaron. A Carlo Almeida por colaborar conmigo en varias iniciativas caboverdianas y por acogerme como una más en su familia. En Cabo Verde, quiero dar las gracias a Alcinda Costa Alves, Jozé Brito Soares y su esposa Maria da Luz Ramos; me ofrecieron comida, casa y horas de agradable conversación. Estoy también agradecida a Lupinha (Maria da Guadalupe Soares) por abrirme su casa en Praia Branca y compartir almuerzos y cenas. Por último, quiero mostrar mi gratitud a Djau (João Cabral), Maria Auxilia Cabral y José Cabral por los días compartidos y los deliciosos guisados de cabra.

Cada año los preparativos de San Jon implican toda una inversión económica en la decoración de las calles, la pintura y el cuidado de la infraestructura, el mantenimiento de casas y jardines y el ahorro suficiente para atender a los visitantes e invitados. Con el auge de la industria del turismo en las últimas décadas, estas “festas” populares son vistas cada vez más como tradiciones culturales que se deben preservar y re-escenificar públicamente con el fin de atraer visitantes, incentivar el pequeño comercio y crear micro oportunidades para generar dinero. En las islas rurales como São Nicolau, donde el turismo está todavía poco desarrollado, San Jon y otras fiestas—como el Carnaval— se han convertido en tradiciones culturales importantes que se utilizan para revitalizar una adormecida economía rural. Por tanto, si bien San Jon sigue celebrándose en el plano local para el disfrute de los residentes, casi nunca se trata de un evento circunscrito únicamente a los isleños y a sus manifestaciones culturales. Por el contrario, este tipo de eventos se planifica cuidadosamente para atraer a los extranjeros y particularmente a los migrantes que, a pesar de vivir en el extranjero, no se han apartado por completo de su país de origen, sino que el mismo permanece entre sus aspiraciones como un lugar para sus inversiones, y el lugar de sus relaciones afectivas.

Este “betweeness” también se materializa mediante la cuidadosa planificación del retorno a Cabo Verde. Atrás han quedado los días en los que los caboverdianos salían a Estados Unidos en goletas durante la época de caza de ballenas para volver décadas más tarde solo si los ahorros y la seguridad social que habían adquirido eran suficientes para sobrevivir en las islas. Las comunicaciones de hoy en día han acortado las distancias y han abierto nuevos mecanismos para mantener los vínculos con el país de origen. La movilidad y las comunicaciones cibernéticas han reducido la distancia, desafiando la naturaleza tan territorializada de la investigación etnográfica (Urry, 2007). En las últimas décadas, el sociólogo John Urry ha propuesto un nuevo paradigma de investigación centrado en torno a la movilidad y el seguimiento de las trayectorias y los movimientos de ida y vuelta de la gente, las cosas y la comunicación (2007: 40). Del mismo modo, el capitalismo global y sus dinámicas, junto a las mejoras de las telecomunicaciones, han generado nuevos intercambios sociales que a su vez han creado deseos y obligaciones crecientes entre los que se van y los que se quedan. Es en este contexto de movimientos de personas, cultura material y expectativas en el que se celebran las fiestas de San Jon en la isla de São Nicolau.

Las fiestas similares no solo marcan los calendarios rurales y la vida del pueblo con importantes eventos sociales, sino que también conforman la memoria social y anclan los deseos sensoriales. Uno de los aspectos más significativos de San Jon es que despierta el deseo de los emigrantes de volver, así como de que su inversión cultural y material sea recibida en sus comunidades de origen. En las zonas rurales, las fiestas patronales también eran mecanismos informales de generar reciprocidad y promover la asistencia social en tiempos de necesidad. Hoy en día esa vida rural está cambiando rápidamente. Mi argumento es que San Jon también entreteje múltiples rutas por las que los migrantes regresan temporalmente a un lugar más cerca de casa y se reúnen no sólo con aquellos que se quedaron sino también con otros migrantes que regresan. De este modo, el momento festivo es también una oportunidad social para evaluar críticamente los retos de volver a un Cabo Verde en continuo cambio. El lugar común de la migración es visible, esperado y celebrado. Al regresar para participar en la fiesta y disfrutar de la convivencia que tiene lugar durante las fiestas de San Jon, los migrantes también establecen interacciones sociales con otros migrantes

que también han vivido las mismas tribulaciones y con los que comparten los lugares comunes de ser y no ser simultáneamente parte del propio país de origen.

Por lo tanto, las fiestas del pueblo no son simplemente eventos locales diseñados para atraer a los migrantes y sus remesas. Son momentos sociales potentes para evaluar la propia experiencia migratoria cara a cara con quienes se quedaron, así como con aquellos con quienes comparten las incertidumbres y ambivalencias acerca de regresar a su país y a su isla de nacimiento. Por tanto, analíticamente debemos volver a examinar las fiestas colectivas o *festas* como San Jon más allá de su aspecto folclórico más aparente y su presunto atractivo migrante. Por otra parte, también es necesario examinar cómo los propios migrantes utilizan instrumentalmente estas ocasiones festivas para relacionarse con otros migrantes y elegir selectivamente si revitalizan o no sus lazos con su país de origen. San Jon es entonces el punto de encuentro de trayectorias migratorias dispares a través del cual se está de vuelta en casa temporal y parcialmente. Como señalan los caboverdianos: *No ten ke bai pa no pode torna ben*, debemos irnos con el fin de poder permitirnos nuestro regreso pero el retorno es rara vez cierto.

Como una pequeña isla-nación con lluvias erráticas e inciertas, las zonas rurales del país siguen siendo vulnerables a la sequía y a la baja productividad agrícola. Al igual que en el resto de Cabo Verde, la sequía ha estado socavando los cultivos durante siglos, con periodos de lluvias que a menudo son demasiado cortos o demasiado intensos. Ya sea sobre la base de las tendencias climáticas históricas o contemporáneas, la vida rural y la inseguridad alimenticia han ido de la mano en Cabo Verde (Brooks, 2006). Los desequilibrios entre la incertidumbre y el desempleo agrícola (el cual se estima en torno al 30%) son una realidad permanente en la mayor parte de las frágiles economías domésticas de las islas rurales (Lagworthy y Finan, 1995; Bigman, 1992; Rodrigues, 2008). Los grandes centros urbanos, particularmente en la capital (Praia) y en Mindelo, la segunda ciudad más grande, tienen acceso a las importaciones de diversos alimentos (en torno al 90% del total) y a una gran variedad de supermercados. Cada vez más, la principal forma de supervivencia depende de la obtención de dinero a través de los empleos del sector servicios, pero la mayoría de estos puestos de trabajo no se encuentran en las islas rurales. São Nicolau sigue siendo una de las islas más rurales que conserva el encanto y la calidad de una vida vivida con las puertas abiertas, donde los vecinos se saludan y se preguntan sobre el propio bienestar, y donde los extraños se convierten fácilmente en familiares ficticios y miembros temporales del pueblo.

La producción doméstica de alimentos se lleva a cabo en valles y en terrazas agrícolas creadas en espiral y que llegan hasta la cima de las montañas para recoger el agua de la condensación. Los pueblos y asentamientos se sitúan a lo largo de arroyos serpenteantes y montañas donde la agricultura se practica con poca intervención mecánica. En el verano de 2015, la isla estaba en su tercer año de sequía y la llegada de las lluvias seguía siendo incierta. Los migrantes que regresan están también evaluando por tanto las condiciones de vida y las necesidades de quienes se quedan. Las fiestas se han entrelazado durante mucho tiempo con ciclos de vida rurales y economías campesinas que ahora están cambiando rápidamente. Estos cambios no sólo están ocurriendo en la Isla de São Nicolau sino también en otras zonas rurales como en la Isla de Santiago, donde el antropólogo Wilson Trajano Filho documenta los cambios en la tradición *tabanka* como una institución con fines de ayuda mutua y basada en organizaciones campesinas (Filho, 2015).

Como San Jon, los *tabankas* también celebran un santo patrón y los patrocinadores están a cargo de una fiesta importante, la cual se utiliza para generar ayuda mutua en tiempos de necesidad (Filho, 2015). Del mismo modo, estas fiestas han servido como sistemas informales de seguridad social para socorrer a las familias campesinas frente a la inseguridad alimenticia y otras necesidades. Estos mecanismos de asistencia han ido desapareciendo a medida que las economías campesinas tradicionales han ido cambiando. Por tanto, para la mayoría de los migrantes adultos, el Cabo Verde rural que dejaron atrás en su infancia ya no es rural ni está sumergido en la tradición. De ahí que volver a asistir a las fiestas en los pueblos rurales sea también un barómetro de cuánto ha cambiado su isla. Las fiestas son parte esencial de ciclos mayores, que oscilan entre buenos y malos tiempos, y en Cabo Verde la diferencia entre los dos está a menudo en los detalles y en lo que los migrantes puedan llevar a su tierra natal.

Como resultado, la revitalización de los incentivos económicos y culturales para atraer a los migrantes y sus remesas sigue siendo fundamental para el desarrollo local y el bienestar familiar. En la última década, Cabo Verde fue el primer país receptor de remesas de migrantes del África subsahariana estimándose éstas en torno al 9,3% del Producto Interior Bruto (PIB). Además, una gran parte del crecimiento urbano contemporáneo y del desarrollo de infraestructuras serían inimaginables sin las remesas de los migrantes y su inversión directa. Sin embargo, con la crisis económica actual —que en la Unión Europea y en los Estados Unidos ha dado lugar a nuevas barreras para la migración legal, agravada con la disminución de los salarios y el empleo— la tendencia es el descenso de las remesas mundiales (Rúa, 2010). El imperativo de la movilidad y el eventual retorno dependen de la migración legal, de la capacidad de asegurar las pensiones y de la autorización para invertir en Cabo Verde (Åkesson, 2004, 2011, 2013; Batalha and Carling 2008; Carling, 2004, 2002). Casi todas las personas en Cabo Verde tienen un familiar en el extranjero y los migrantes esperan regresar y contribuir a través de redes extensas de intercambio de dones para el bienestar de quienes se quedan.

Aquí me centro en la revitalización de la fiesta destacando cómo esta tradición es coproducida y preservada —por quienes se quedan y quienes se van— en un esfuerzo orquestado para despertar el deseo de retornar. Mostraré la importancia de estos eventos para mantener las relaciones de los migrantes con su país de origen y asegurar sus inversiones y regalos. Este artículo discutirá, en primer lugar, los preparativos realizados en el contexto de la diáspora caboverdiana en EEUU para ir a San Jon; a continuación me centraré en la fiesta como es hoy día y en la presencia capilar de dichos migrantes en la isla, mostrando cómo San Jon, la vida y el bienestar del pueblo son coproducidos por la participación de migrantes, los cuales se encuentran en un punto medio entre aquellos que se quedan y aquellos que se van.

2. Preparación para San Jon: Tradiciones construidas entre la diáspora y el país de origen

Basándose originalmente en las celebraciones católicas de los santos patronos que estaban sincronizadas con el tiempo de la cosecha, San Jon fusiona la actuación ritual pagana y la sagrada, adquiriendo a lo largo de los años características específicas de la isla, con actos y celebraciones rituales únicas. En todo el mundo lusófono,

desde Brasil hasta Cabo Verde incluyendo el mismo Portugal, la celebración de San Juan Bautista ha recorrido durante mucho tiempo los altares de las iglesias y ha tomado las calles de ciudades, pueblos, aldeas y parroquias. Estas fiestas han captado la atención tanto de visitantes como de locales. Su fiesta, a finales de junio, también coincide con el final del calendario escolar en Cabo Verde y en las comunidades de la diáspora en América del Norte y Europa. Por tanto, *San Jon* señala el comienzo del verano, las primeras cosechas y las esperadas vacaciones. Ésta ha pasado de ser una celebración religiosa a una fiesta colectiva de calle que dura varios días. De santo católico que anunció la llegada del mesías, San Jon se ha ido transformado en las calles, anunciando en Cabo Verde la llegada de migrantes, visitantes y turistas.

Este año voy a Cabo Verde por San Jon- proclama comúnmente el emigrante en mitad de los amargos y fríos inviernos de Nueva Inglaterra. Cuando las tormentas de nieve de 2014-2015 cubrieron por completo el suelo de Nueva Inglaterra aumentó el deseo de salir hacia la cálida isla de São Nicolau por San Jon. En los recuerdos de la diáspora americana, las celebraciones pasadas de San Jon son sentidas y están llenas de placeres inolvidables de la infancia. Las agencias de viaje comunitarias utilizan estas ocasiones festivas para crear viajes en grupo y animar a los migrantes a regresar y así aumentar sus ventas. Las noticias sobre las nuevas tarifas de billetes se anticipan y difunden en las estaciones locales de radio, periódicos, folletos de la comunidad y mediante el boca a boca. Estos planes se comparten entre amigos y se elaboran conjuntamente año tras año. Durante casi un año, desde el pasado invierno de 2014 hasta el comienzo del verano de 2015, un grupo de emigrantes de Cabo Verde de Nueva Inglaterra, originales de la isla de São Nicolau, organizó eventos y actividades recaudatorias para viajar por San Jon.

Su intención era reunir fondos suficientes para viajar como grupo y así participar y revitalizar las fiestas de San Jon en su pueblo, Praia Branca. No todas las nueve islas habitadas son fácilmente accesibles y cuando uno tiene que pasar la noche esperando un barco o haciendo tiempo en una escala, el costo de visitar o regresar al hogar aumenta. A diferencia de los migrantes de Europa, que por lo general se benefician de un mes de vacaciones pagadas y vuelos más baratos, los migrantes de Estados Unidos tienen muy poco tiempo de vacaciones y con frecuencia tienen que tomar unos días de su tiempo libre sin cobrar con el fin de volver a casa aunque sea solamente unas pocas semanas. Por tanto, se requiere una mayor inversión en tiempo y dinero para visitar São Nicolau en comparación con lo que se requiere para visitar otras islas donde los vuelos internacionales aterrizan con frecuencia, llevando a turistas y migrantes que regresan. Por otra parte, mientras que en islas como Boavista y Sal ha aumentado el turismo, São Nicolau sigue siendo de difícil acceso y cuenta con muy poco turismo.

En esencia, la economía de la isla es todavía muy rural con un creciente sector de servicios concentrado en las ciudades de Tarrafal y Ribeira Grande. Por tanto, ya anticipando estas barreras de viaje, el grupo decidió crear eventos y actividades recaudatorias para reducir el coste del viaje y asegurar su participación y contribución a San Jon. Inicialmente, el grupo contaba con alrededor de sesenta miembros que se reunían regularmente en Connecticut para planificar y organizar actividades destinadas a generar dinero para ayudar a las fiestas del pueblo. Elaboraron una agenda de celebraciones, rituales, comidas, música y baile, y escribieron cartas a municipios de Cabo Verde solicitando su apoyo para San Jon y anunciando su llegada. Esta preparación también se diseñó para llamar la atención política de su pueblo rural, Praia

Branca, desde donde han partido muchos migrantes y donde pocos han regresado. Los emigrantes caboverdianos que visitan São Nicolau a menudo se quejan de que su isla ha sido olvidada políticamente y que no se hace lo suficiente para preservar sus tradiciones y su cultura. Del mismo modo, se quejan de que los vuelos ofertados por la línea aérea nacional *Transportes Aereos de Cabo Verde* (TACV) desde Estados Unidos hacia Cabo Verde son muy caros (en 2015 el billete costaba alrededor de 1.300 dólares americanos), además del alto costo de volar una vez estando allí a las islas más remotas. Estos preparativos conllevan recordar fiestas anteriores, lo cual supone un proceso sensorial selectivo. A medida que avanza el tiempo en *terra longi*, la tierra distante de los migrantes, *nos terra*, o nuestra patria, es recordada cada vez más como *sabi* o un lugar placentero, especialmente cuando se recuerda la celebración de San Jon.

La *Festa de São João*, o simplemente *San Jon*, es una de las celebraciones de santos más importantes de todo el archipiélago. Si preguntásemos a cualquier caboverdiano de la diáspora cuándo visitará las islas, es posible que responda con un periodo que coincide con un patrón de su ciudad o parroquia, siendo una de las respuestas más populares: “por San Jon”. Sin embargo, pocos conocen los orígenes religiosos de la fiesta. La celebración se hace en honor a San Juan Bautista y ha adquirido particularidades específicas de las islas y del entorno de Cabo Verde. Si bien San Jon empezó como una fiesta católica, desde el núcleo de la Iglesia hasta establecerse en la vida a pie de calle, la festividad ha recorrido diferentes caminos y formas rituales. Lo sagrado y lo profano se han transformado mutuamente dando libertad al disfrute del placer sensorial. Por la noche todo pecado se perdona con tambores, bailes, y con la ingesta de *grogue*, un alcohol local hecho de azúcar de caña. Retornar a Cabo Verde por San Jon es, por tanto, un retorno a casa que es parte fantasía y parte realidad, es “estar entre” los anhelos de vivir una vida en abundancia y de oportunidades para los migrantes sin renunciar a la sensación de estar en casa. San Jon es una fiesta de deseos que es vivida en parte como una realidad y en parte como una escenificación.

Frente al estilo de vida americano caracterizado por la alta regulación y el trabajo intensivo, la planificación para las *festas* o fiestas despierta el deseo de visitar y evaluar la posibilidad de jubilarse en casa. En Estados Unidos, el declive de los salarios de la clase trabajadora, la injusticia racial y la erosión de los beneficios sociales de los trabajadores han obligado a los migrantes a trabajar horas extras, reduciendo así su calidad de vida. Por el contrario, las memorias sensoriales de las *festas* pasadas son muy atractivas, llenas de comida sabrosa, un montón de *grogue*, danzas y tambores en largas noches de insomnio. Con el tiempo, las dificultades que se experimentan en el país de origen y que, en primera instancia provocaron la migración de cada cual, comienzan a desaparecer en el fondo del lienzo, allí donde la calidez de la isla y la sociabilidad sin restricciones se ponen de relieve y son profundamente añoradas. *Ka ten nada ma sabi na mundo*: no hay nada más placentero en el mundo que nuestra tierra.

Sin embargo, cuando los caboverdianos hablan de volver, a menudo se enfrentan con el hecho de que la mayoría de sus amigos y seres queridos también han emigrado a otras islas o a otros países, y no volverán a casa para esperarlos. De hecho, muchos caboverdianos que reflexionan sobre su regreso se encontrarán tratando de replicar lo que una vez vivieron y sintieron cuando estaban creciendo, ya que tales memorias operan como lengua franca común de experiencias compartidas en un país que cambia rápidamente. Frente a este contexto de fluidez e incertidumbre, las fiestas tradi-

cionales como San Jon ganan encanto, puesto que son especialmente atractivas para “tantear el terreno” (“test the waters”) de los cambios en Cabo Verde y para volver a conectar con un periodo que se vuelve familiar de forma instantánea. Para aquellos que llevan varios años fuera, las fiestas facilitan la reincorporación a una cultura que no es estática en el tiempo y que siempre ha sido permeable a múltiples influencias e importaciones (Meintel 1984; Rodrigues, 2003). De este modo, San Jon permite que un migrante sea menos extraño en su propio país de origen.

Mientras tanto, al otro lado del Atlántico, estalla la noticia de que más *merikanos* de lo habitual vendrán a pasar San Jon en Praia Branca este año. Éstos son emigrantes que se fueron hace muchos años pero que todavía tienen lazos familiares y patrimoniales con su isla de nacimiento y con su pueblo. Las expectativas sobre un concurrido San Jon fueron creciendo a ambos lados del Atlántico. Éste iba a ser el retorno a las viejas tradiciones, con percusión noche tras noche, bailando en las calles “kola San Jon”, la procesión de la iglesia, y luego la procesión de la gente llena de niños y jóvenes desde la montaña hasta la costa. En total, prometía ser una semana de banquetes con la matanza de un cerdo para los amigos y familiares y muchas oportunidades para compartir comidas y cocina casera hecha a fuego lento. El regreso de los migrantes también se traduce en más patrocinadores de eventos y actividades, o en general, en más *feita*.

Por otra parte, al igual que en otros sistemas de creencias, la preparación del retorno para la *feita* en *nos terra* es similar a una fe que requiere sustento y perseverancia. Más allá de las meras interacciones, el retorno implica sacrificios y extensas redes de intercambio de regalos; no se puede regresar con las manos vacías. Las transferencias de ahorros e inversiones a través de los ciclos vitales son partes esenciales de los vaivenes entre los migrantes y sus países de origen. Las remesas en este caso implican transferencias tangibles e intangibles, así como otros intercambios que tienden puentes entre la diáspora de Cabo Verde y su país de origen. Para que estos intercambios se aseguren, la migración debe renovarse y los vínculos con el lugar de origen necesitan recrearse, conservarse y reinventarse a través de las generaciones.

Este tipo de redes ha tenido un impacto inconmensurable en los hogares locales y en la transferencia de bienes, servicios, conocimientos y capital cultural. A pesar de la crisis mundial, las remesas siguen siendo clave para el desarrollo local, especialmente para el bienestar de los hogares, aunque continúan siendo uno de los aspectos de la migración más difíciles de definir y medir. En 2008, el Banco Mundial estimó que los emigrantes de Cabo Verde habían hecho transferencias bancarias por un total de 155 millones de dólares americanos (World Bank, 2011), mientras que los estudios locales señalan que la mayor parte de las remesas se distribuyen de manera desigual por el archipiélago y se concentran fundamentalmente en las principales zonas urbanas de Praia (la capital) y Mindelo (Correia, 2013). Más recientemente, el banco nacional de Cabo Verde, informó que el número total de remesas disminuyó en torno al 1% entre 2011 y 2012, debido, en gran parte, a la crisis en la eurozona (Banco de Cabo Verde, 2012: 41). Estas cifras se basan en transferencias formales y no tienen en cuenta otros mecanismos de transferencia informal, que a menudo muchos caboverdianos prefieren. Por lo tanto, el Cabo Verde hecho ficción como lugar deseable para atraer a los migrantes retornados es una parte importante para mantener viva la llama del retorno y el intercambio de dones. San Jon es el momento en el que pueblos enteros se visten para recibir a sus migrantes y transformar la vida diaria en una celebración.

Para quienes se quedan, estos regalos y remesas, que aseguran el bienestar de los hogares y la capacidad de tener suficientes recursos para celebrar la *feita*, no pueden darse por sentados; son inciertos y pueden dejar de llegar, dependiendo del bienestar de los migrantes en el extranjero. Los migrantes a menudo prefieren la asistencia individual directa basada en los extensos lazos familiares frente a la asistencia filtrada a través de organizaciones gubernamentales o no gubernamentales locales. Como resultado, la mayoría de las remesas se envían directamente a los hogares y tienen un impacto inmediato en la calidad de vida local. En la *kartinha*, o carta que describe detalladamente el estado de cada cual —de familiares y vecinos—, se envuelven cuidadosamente billetes de un dólar, siguiendo un mecanismo popular, con el fin de recordar y ayudar rápidamente a un ser querido. Es importante destacar que regalar durante los días de los santos populares ha sido una larga tradición cultural heredada desde la época colonial. Ponerse los mejores vestidos y los nuevos zapatos de marcas americanas de moda reservados para los días especiales de fiesta de San Jon es una forma de manifestar la reciprocidad del migrante.

Además de romper con las rutinas de los pueblos rurales y con las preocupaciones sobre la escasez y la sequía, San Jon también es un momento en el que se realzan las esperanzas por las exquisiteces que se traen dentro del *tambor* y que acercan los hogares caboverdianos a aquellos que están en Estados Unidos. El *tambor* era originalmente un bidón de gasolina reciclado que los emigrantes en Estados Unidos llenaban gradualmente con bienes y que durante meses navegaban en barcos, independientemente de si estos regresaban o no. Uno de los indicadores principales de ser caboverdiano en Estados Unidos es tener un *tambor* en el garaje o el sótano, que se llena gradualmente con bienes deseados y regalos: desde artículos de tocador y ropa hasta chocolates y *marshmallows*. Hoy en día, la mayoría de los barriles son de plástico y, una vez se recogen en la isla, se vuelven a reciclar y se les da una vida completamente nueva. Una señal de que uno está bien conectado con la *terra longi* o con la diáspora es el número de barriles que se tienen alrededor del jardín, del garaje o en la zona de almacenamiento. Cuantos más, mejor. En Cabo Verde se reutilizan para el almacenamiento de cultivos y granos, y se transforman en tanques de agua.

Durante semanas y meses, los caboverdianos de toda la región de Nueva Inglaterra preparan su *tambor* con una serie de bienes deseables. El coste de envío es relativamente bajo. En New Bedford un *tambor* en sí cuesta alrededor de veinticinco dólares y su envío cerca de ochenta dólares (precios para noviembre de 2015). Alrededor de cinco veces al año, barcos de carga salen del puerto de Fall River con destino a Cabo Verde. En cada viaje salen alrededor de cinco mil *tambores* de los muelles de embarque con destino a Cabo Verde, lo que equivale a unos 25.000 al año. Llegan a los principales puertos de Mindelo y Praia y desde allí se envían a otras islas. Pueden pasar varios meses antes de que un *tambor* llegue a su destino final en São Nicolau (entre 3 y 5 meses). Por lo tanto, planificar el momento de llegada de cada uno es crucial si se quiere disfrutar de su contenido. Esta tradición de enviar barriles llenos de mercancía se sigue practicando y continúa siendo una fuente de gran alivio y satisfacción para aquellos que los reciben (especialmente para los jóvenes).

Entre los bienes materiales que comúnmente se envían se encuentran: regalos para dar durante interacciones informales, durante las visitas formales a familiares y amigos, y los regalos que piden quienes esperan el regreso de los migrantes. En los pueblos pequeños, donde todo el mundo es un conocido o un familiar, es crucial diversificar los productos de los *tambores* para complacer a tanta gente como sea po-

sible y para recrear continuamente un imaginario conjunto sobre la migración y los bienes que posiblemente vuelvan. Después de todo, los migrantes caboverdianos son mayoritariamente migrantes económicos que tienen que salir en busca de la mejora económica y del bienestar material. Regalar chocolates y *sweet shwinga* (chicle, en criollo caboverdiano) es común entre los niños y particularmente deseable en San Jon. De ahí que cada adulto que fue una vez niño en la isla de São Nicolau recuerde cuán dulce era esperar a que llegase un *tambor* de América, lleno de sueños y bienes, o bien esperar a que llegase San Jon con los emigrantes retornados y que éstos se los diesen. Como adultos, ahora les toca a ellos llenar esos *tambores* antes de regresar a Cabo Verde y preservar el flujo de personas y cosas a través del Océano. San Jon es entonces una fiesta producida a través de estos intercambios atlánticos —entre los deseos de volver a conectar con los orígenes familiares de los emigrantes y la revitalización de los hogares y las comunidades—. La *feira* es el escenario de ese encuentro, una etapa que, por tanto, es fundamental para evaluar la capacidad de los migrantes para volver y la capacidad de los locales para reinsertarse en la vida rural del pueblo que cambia rápidamente.

3. A la espera de los migrantes: la tradición de San Jon en medio del abandono rural

Praia Branca es un pueblo tranquilo en la colina que cuenta con una población de unos pocos cientos de habitantes —521 según el censo nacional (INE 2010)—, además de una población flotante durante el verano, compuesta por visitantes y trabajadores retornados. Este pueblo pequeño de casas de colores, mejorado durante años a base del dinero ganado principalmente en Estados Unidos y Holanda, rezuma en cada elemento de la cultura material su entrelazamiento con la migración. Desde las fachadas hasta los interiores, desde la tierra del jardín hasta las semillas de todas las plantas, las intersecciones con la diáspora se han convertido en parte integrante de la cultura criolla, con una diáspora que se extiende por el mundo pero que sigue estando simbólica y materialmente anclada en las islas (Gottlieb, 2015; Halter, 1993; Green, 2015; Rodrigues, 2015). Cada migrante lleva una historia de múltiples rutas que afecta a la vida de muchos otros. Para cada miembro de la familia, la partida transformará la vida de los otros que se quedan, tanto a nivel de interacción social como respecto al intercambio de cultura material. Son vidas vividas de ida y vuelta entre islas y continentes, todos hablando de las salidas y regresos deseados y no deseados. Es significativo que el retorno a San Jon permita ver cómo ha cambiado la vida de la isla desde el momento de la partida. También es una manera de comprobar quién más se ha ido o ha retornado, y con ello determinar si uno también debe seguir o salir de la misma ruta y cuándo hacerlo. Volver a una vida en la tierra natal sin caer en la pobreza rural, con suficientes posesiones y bienestar material es cada vez más la norma esperada. A medida que los migrantes regresan de Europa y de Estados Unidos, se van reuniendo para intercambiar información sobre sus vidas. San Jon se transforma en un escenario que reúne muchas rutas migratorias y experiencias, algunas de las cuales permanecen activas en el transcurso de la vida. Por lo tanto, este encuentro permite la convivencia en la isla, no sólo con los locales sino también con otros tantos migrantes. En otras palabras, si bien estas fiestas se pueden ver principalmente a través de la diada entre los migrantes y sus países de origen, también se

debe prestar más atención a cómo iluminan otras esferas de la interacción fuera de la común dicotomía país de origen/diáspora.

Como en el pasado, uno no vuelve con las manos vacías, pero a diferencia del mismo hay crecientes demandas y expectativas de construir siempre grandes casas, traer coches o camiones y una plétora de otros bienes materiales. En otras palabras, el *betweness* de los migrantes no termina cuando éstos regresan. Su regreso depende de la capacidad de llevar un nivel de vida que justifique el hecho de haber tenido que migrar. Hace tiempo una buena casa de *merkano* consistía en una estructura simple (una planta con tejas de arcilla, una puerta central, dos ventanas laterales, un jardín rodeando la casa y un cobertizo), pero ahora esto ha cambiado. Los migrantes retornados invierten mayores cantidades de dinero en su bienestar material y las expectativas han crecido a lo largo de las generaciones. Las casas de dos pisos con garaje y llenas de mobiliario han cruzado continentes, al igual que otras cuestiones como el almacenamiento de agua, los alimentos importados y los aparatos eléctricos. Las expectativas de crecimiento se coproducen entre la diáspora y el país de origen a menudo a un alto costo: renunciar a las vacaciones, posponer el regreso al país de origen o las jubilaciones aplazadas. Los locales cuidan esas casas vacías a cambio de dinero y servicios y, a veces, a cambio de recibir a un familiar en la casa, en *terra longi*, manteniendo así una economía moral transnacional basada en el intercambio de favores y otras formas de reciprocidad. Cada hogar cerrado en el pueblo está esperando revivir como si despertara de un estado temporal de latencia. Sin embargo, muchos de los jardines de alrededor se abandonan y sus propietarios han decidido desde hace tiempo que labrar los campos durante la sequía es un riesgo costoso. Como consecuencia del abandono rural, el pueblo también está perdiendo patrocinadores para la celebración de los rituales colectivos. Por lo tanto, el retorno de los migrantes es también un retorno, aunque temporal, a la vida del pueblo sin ser completamente una vuelta a un modo de producción doméstico.

Sin oportunidades para los jóvenes y desempleados, la población de Praia Branca está envejeciendo y muchos migrantes también están regresando con una edad avanzada, una vez puedan garantizar que han maximizado sus pensiones y ahorros. Dada la falta de hospitales en la isla, muchas personas mayores que vuelven a Cabo Verde deciden vivir en la isla de São Vicente y sólo visitan el pueblo durante el verano, a menudo para San Jon. De hecho, São Nicolau sigue siendo una de las islas más difíciles para viajar. Si se quiere viajar en avión, no hay vuelos internacionales y en los nacionales a veces es necesario hacer escalas en dos islas antes de llegar al aeropuerto de São Nicolau. En barco, las conexiones sólo se hacen una o dos veces por semana desde la isla de São Vicente, donde, además, los horarios no son siempre predecibles. Por otra parte, el precio del transporte ha hecho que el coste de vida en el interior de São Nicolau, particularmente respecto a los alimentos, sea mayor que en otras islas. Como resultado, la dependencia de las remesas y de la asistencia de emigrantes puede ser un salvavidas en tiempos de crisis rural. En muchos sentidos, la historia de este pueblo encapsula la historia reciente de Cabo Verde, un país que en cuestión de décadas se está convirtiendo en urbano con una creciente población de trabajadores del sector servicios que está abandonando la agricultura.

Para muchos, estas observaciones comienzan el día en el que reservan sus viajes y, finalmente, se convierten en pasajeros con destino a su país de origen. Tal fue el caso, cuando horas después de salir de la isla de São Vicente a bordo del ferry con destino a São Nicolau, *Ponta de Ferra Brás* apareció y finalmente los contornos

de la isla emergieron del agua en todo su esplendor tras una cortina de neblina. El seco *Monte Gordo*, la montaña más alta, mostró un paisaje de sequía. Las aguas se calmaron y los pasajeros regresaron a la cubierta para observar la costa de *nos terra*. Pedí ayuda a un migrante jubilado de Rhode Island para que me guiase a través de la línea de la costa. Pulgada a pulgada, con la descripción precisa de las playas, faros, casas de familiares y conocidos, pueblos y ciudades comparó lo que veía con sus recuerdos. *Y he ahí Praia do Barril donde solíamos pasar los días nadando, las casitas para el almacenamiento y la siesta, bajo esas rocas donde solíamos encontrar langostas, y ¡mira cómo ha crecido Tarrafal!*

Manuel explicó la forma en la que una vez quiso volver a East Providence y comprar una casa en la isla de São Vicente. Ahorró para ello. En Rhode Island es dueño de su propia casa cerca del mar, donde guarda un pequeño bote. A su edad, jubilado y con buen estado de salud, su principal preocupación es estar cerca de un buen hospital disfrutando en paz de su seguridad social. La ambivalencia y el miedo interior de volver ya sea demasiado pronto o demasiado tarde proyectaron una sombra en la propia capacidad para volver. Confesó que no estaba para nada seguro de volver, habían cambiado muchas cosas y las islas ya no eran un lugar tan seguro y tranquilo como solían serlo. La decisión de volver sería pospuesta de nuevo. Es todo un reto mantener este movimiento perpetuo, así como la continuidad de la relación con el país de origen mientras uno está lejos, adoptando una nueva cartografía de relaciones y responsabilidades. Los migrantes son agentes clave de cambio y desarrollo, sin embargo, también invierten en la mejora de su propia vida y en su bienestar. La capacidad de volver a San Jon y participar en las fiestas locales es otro mecanismo a través del cual se manifiesta el ejercicio de su agencia y el cultivo de las relaciones con su país de origen.

El barco llegó a Tarrafal, en la isla de São Nicolau, una ciudad en crecimiento con un puerto seguro que cuenta con una larga tradición pesquera y de caza de ballenas, y que la historia entrelaza con la de New Bedford y otros puertos balleneros americanos. La ciudad era un puerto principal que conectaba más de dos siglos de movimientos de vaivén a bordo de los barcos balleneros americanos, las goletas caboverdianas y, en el presente, la navegación aérea y de diésel. En última instancia, generaciones de llegadas y salidas nos habían reunido para celebrar San Jon. Donde una vez los locales esperaban balleneros, hoy en día la multitud espera a migrantes, familiares que viven en otras islas, comerciantes y unos pocos turistas. Los percusionistas para *San Jon* viajaron con un grupo de migrantes y habían practicado sus *batukadas*. Nuestra llegada anunció el inicio de la fiesta. El bullicioso puerto dio la bienvenida a los pasajeros rodeados de cargamento, paquetes, equipajes y comida: en medio de las personas y cargamentos nos llamaron por nuestros nombres con suspiros y alivio. Los tenderos chinos reúnen sus importaciones y negocian en criollo caboverdiano con las autoridades aduaneras. En general, la presencia de emigrantes retornados también significa un mejor negocio. Las tiendas locales aumentan sus ventas y los pequeños comerciantes y vendedores ambulantes aprovechan el calendario festivo para aumentar sus beneficios, sobre todo con la comida callejera y el *grogue*. En otras palabras, un concurrido San Jon genera un buen negocio que contribuye a la anémica economía de la isla.

Con el tiempo se espera que año tras año un buen San Jon traiga más turistas y emigrantes retornados en busca de la *fiesta* idealizada y recordada. Por lo tanto, al llegar a la isla la pregunta que persiste es “¿Cuánto tiempo vas a estar y con quién más vienes?”. La fiesta se celebra a finales de junio y dura una semana. Después de

las celebraciones de San Jon, están las de *San Pedro* en Vila da Ribeira Grande, la ciudad principal. Idealmente uno va de ciudad en ciudad visitando amigos y parientes extendiendo así la estancia. Independientemente de la duración de la estancia, a la salida otra pregunta permanece en el aire: “¿vas a venir el año que viene por *San Jon*?”. El ciclo de retorno se anuncia en el momento en el que uno se va tranquilamente, sabiendo que la ida no es una condición permanente. San Jon se convierte en un dispositivo poderoso para recordar a los migrantes que se espera que regresen.

Iba a ser una *feira* como las de antes: una celebración de insomnio que toma las calles con danza, tambores, fogatas, el delicioso *mojo* (estofado de cabra) que se guisa en ollas de hierro, abundante *midjo* (maíz) y *pastel* (pasteles de atún) que deleitan los sentidos. El San Jon de Praia Branca es como ningún otro: la percusión y la danza, sonando desde la parte superior del *oio d'agua* de la montaña hasta el final del valle de Boca Ribera. Si bien las nueve islas lo celebran, cada una sigue su propia tradición. La preparación de *San Jon* implica toda la economía de un pueblo, ahorrar alimentos y bebidas para la ocasión, encalar paredes públicas y escribir carteles donde pone “Bienvenidos migrantes”, decorar las calles con banderas de colores, reparar y limpiar las zonas comunes, buscar patrocinadores para las actividades costosas como la compra de fuegos artificiales y la decoración de calles. Es toda una empresa, sobre todo en un pueblo donde muchos de los residentes ya son ancianos que sobreviven con sus pensiones y con la seguridad social. Pero el esfuerzo sigue vivo año tras año y en los años buenos y malos *San Jon* refleja las tribulaciones de las personas cuyas vidas se han desenvuelto entre la emigración y el retorno.

Los tambores se podían escuchar a través de la noche, tocando en las calles junto a los pequeños proveedores y las pequeñas tiendas —San Jon había comenzado casi con un semana de antelación—. Llevó varios días poner a punto la percusión y ensayar para la ocasión. Cada pueblo e isla tienen un ritmo particular. El ritmo de Praia Branca aumenta progresivamente y mantiene su nivel más rápido para los bailes. La singularidad de la percusión de Praia Branca se define por la capacidad de alcanzar el ritmo adecuado y su intensidad. Jóvenes y mayores ensayaron sus percusiones juntos en esta actividad predominantemente masculina, dedicando horas de duro trabajo y sudor. No hay escenario, ni plataforma y, sobre todo, no hay separación entre músicos y participantes de *San Jon*. Todos nos convertimos al mismo tiempo en participantes e intérpretes de la fiesta colectiva, donde la línea entre observador y participante es totalmente borrosa. En cualquier momento, a cualquiera se le puede sacar a bailar *Kola San Jon*.

Todos, mayores y jóvenes, hombres y mujeres, se organizan en dos líneas, una frente a la otra, para bailar. Tradicionalmente una mujer se pone cara a cara frente a un hombre haciendo movimientos sensuales y vigorosos mientras baila al ritmo de los tambores. Hace falta estar en buena forma para mantener el ritmo. Si uno se queda allí el tiempo suficiente alguien se acercará para —*bem Kola ma nos*— invitarnos a bailar *Kola San Jon*. Después de moverse y dar pasos hacia delante y hacia atrás sensualmente, las parejas saltan juntas poco a poco hacia el punto medio y sus cuerpos se tocan suavemente entre sí. Los cantos, los bailes y los susurros de vulgaridades al oído del compañero de baile se vuelven contagiosos y aumentan tal como lo hace la fila de bailarines a lo largo de la noche. Los movimientos de baile se repiten durante horas como si los cuerpos estuviesen echando a volar propulsados por los tambores. Las personas vienen y van, turnándose en la línea bien coreografiada y todos tienen la oportunidad de probarlo. La facilidad con la que los locales

entran a bailar muestra la cantidad de años que llevan participando en el baile de San Jon, entrando y saliendo para reponerse con comida y bebida. La disolución de fronteras y la informalidad entre los intérpretes y los observadores, entre los participantes y los invitados mejora la vitalidad de San Jon como un espacio y un tiempo que permiten escapar de horarios, reglamentos y de las limitaciones del ser y comportarse de acuerdo a guiones. Para los emigrantes, *Kola San Jon* libera el cuerpo y la mente de la reglamentación formal de la vida en el extranjero, aunque sólo sea temporalmente.

Según se acercaba el día de San Jon fueron apareciendo más emigrantes, destacando sus ropas y trajes cuidados, especialmente entre las mujeres. Sin embargo, las grandes esperanzas de una gran asistencia de los Estados Unidos, con toda su energía y capital pronto se desvanecieron en un contexto dominado por los locales, por los visitantes de otras islas y por los emigrantes que regresaban de Europa. Las banderas de colores decoraban las calles y las paredes de la plaza principal, las paredes de piedra en el *Lago da Laja* habían sido blanqueadas y empapeladas con grandes carteles diciendo *San Jon da la bienvenida a nuestros emigrantes*. El regreso de los emigrantes y las expectativas de que los seres queridos vendrían, marcaban cada conversación sobre los que estaban a punto de llegar o los que no podrían hacerlo. En un buen estilo caboverdiano, las decepciones se transformaron rápidamente en nuevas esperanzas: “el próximo año quizá puedan venir, tal vez tengan vacaciones, quizá los billetes de avión sean más asequibles, quizá los nietos también puedan venir y desean regresar y quizá San Jon sea mejor el próximo año...”

De un grupo original de 60 miembros que tenían previsto asistir a San Jon, al final sólo media docena fueron capaces de viajar. Poco a poco la inseguridad laboral, los bajos salarios, el aumento de los gastos y de las responsabilidades en los países de acogida socavaron las perspectivas de los emigrantes de regresar. El aplazamiento de las visitas a casa se convierte pues en un hábito también templado por la esperanza. El resto de personas que regresaban desde Estados Unidos no habían viajado como grupo sino individualmente. Muchos fueron a visitar a sus envejecidos padres y a comprobar las condiciones de su propiedad. Ellos también tratarían de bailar pero fueron traicionados por sus propios cuerpos, atrincherados por los rigores del trabajo y la vida sedentaria.

Noche tras noche las síncopas de los tambores proporcionaron los antecedentes para las celebraciones. Gracias a la sequía de tres años se consiguió la madera necesaria para la construcción de *lummara*, las hogueras tradicionales de San Jon. Esta tradición tiene lugar el día anterior a la celebración de San Juan Bautista por parte de la iglesia católica. El fuego y el humo preparan el alma a través de una noche de convivencia. Los olores derivados de la quema de arbustos *marcela* e hierbas secas, se hacen cargo de los sentidos. Hubo suficientes hogueras como para animar a los niños que hacían filas para poder saltar y exhibir sus talentos bajo una noche de cielo estrellado. Estas son las tradiciones que cada emigrante adulto recuerda haber practicado alguna vez de pequeño. Durante una semana estas actividades animaron a todos con la esperanza de mantener las extrañas y antiguas vidas y tradiciones del pueblo. Las fiestas y cenas privadas en las casas de la gente se sumaban a las fiestas públicas con sabores a *mojo*, el *kaldo 'd pexe*, que se sirve con yuca y los guisos de maíz (*catxupa*) que se añaden a los placeres sensoriales. Los pocos *fidjo d' terra* (literalmente “el hijo de la tierra de Cabo Verde”) que vinieron de Estados Unidos reunieron el dinero suficiente como para poder comprar un cerdo y tener una *matansa* tradicional

en la playa y así poder terminar San Jon en buena compañía. Las mujeres son las principales encargadas de los alimentos y la comida, en este caso de llevar todos los ingredientes y materiales necesarios para cocinar en Playa Barril y poder dar de comer a todo el mundo. Cada una de ellas se encarga de preparar y servir un plato caliente. Sucesivamente, cada mujer que ha ayudado a matar al cerdo y a preparar la carne para el resto de platos secundarios, tuvo una porción de la carne del animal para su propio consumo o para su venta. La abundancia y la reciprocidad entre las mujeres aseguran la tradición (Grassi y Évora, 2007). A su vez, la reciprocidad se reinstaura con la presencia de los emigrantes que invierten para que dicha tradición se repita a su llegada.

El mismo día de San Juan Bautista, el miércoles 24 de junio, muchos católicos asisten a la iglesia. Sin embargo, en comparación con las multitudes que se agruparon todas las noches a lo largo de una semana fueron pocos quienes asistieron a la misa católica. Sabiendo que esto podría suceder, la misa se celebró más tarde de lo habitual. El cura condujo desde otro pueblo para dar una homilía acerca del papel de San Juan Bautista y para predicar la importancia cultural y tradicional de apoyar el mantenimiento de la iglesia en Cabo Verde. Estas tradiciones católicas, aseguró, se entrelazan con muchas celebraciones culturales de las que él había sido testigo en Praia Branca. Después de la iglesia, la procesión tomó las calles y recorrió todo el pueblo. El pueblo se estaba recuperando del sueño de una noche de locura y *humanare*. Por otra parte, otra procesión, independiente de la iglesia pero que también portaba a San Juan, ya había sido anunciada. Ésta iba a ser la procesión principal donde todos los presentes —locales, migrantes y visitantes— se uniesen a los bailes de Kola San Jon, independientemente de su fe o su creencia. Partiendo de los pueblos de la montaña y terminando en el valle de *Boca Ribeira*, esta procesión requiere caminar muchos kilómetros y bailar mientras se portan pequeñas imágenes de San Juan Bautista. Los migrantes retornados conducen sus camionetas y vehículos deportivos, comprados con el dinero que han ganado en el extranjero, llevando a sus familiares y amigos, incluyendo a muchas personas mayores. El pueblo entero expande su población en la procesión de San Jon hasta Boca Ribeira. Para la mayoría éste es el punto culminante de la fiesta.

A diferencia de la estructura de la procesión católica, que es ordenada por la jerarquía de la iglesia y preservada por regulaciones más estrictas, la procesión a Boca Ribeira siguió una estructura más laxa. Tampoco asistió un cura, ni ningún representante de la jerarquía de la iglesia, sin embargo, el santo católico fue portado y bailado con la multitud. Se puede decir que esta procesión de San Juan es liberada del altar y de la iglesia, estando cada vez más cerca de la *genti* o de la gente. Dos imágenes del santo en mini altares adornados con flores son llevados a hombros desde el pueblo hasta la bahía. Los bailarines se reúnen y cantan, y San Juan baila con ellos. La percusión sigue a los bailarines hasta la bahía de Boca Ribeira y en su muelle continúa la danza del *kola San Jon*. Una vez que todos se han reunido, la juventud salta al océano y exhibe sus mejores técnicas de buceo. A cambio, el público y muchos de los migrantes retornados les lanzan chocolates, dulces extranjeros aquí y allá, o una moneda. Se sumergen en las aguas azules para recuperar el premio. El chocolate americano y el *shwinga* son de los dulces más deseados y por los que más se bucea. Esta dulzura, salada por las aguas del océano, es otro recordatorio de que en tiempos de fiesta y en tiempos de crisis las aguas de Cabo Verde se unen con las de las Américas.

4. Un retorno al año siguiente: *San Jon Ka More, Saint John no murió*

Las *festas* patronales han existido desde la época colonial trayendo la iglesia y lo sagrado más cerca de lo profano, aumentando así el número de participantes. También han sido mecanismos rurales valiosos para distribuir la riqueza y la comida, y de ese modo ayudar a los necesitados. Recientemente, las fiestas han ganado importancia en Cabo Verde como forma de atraer a los migrantes de regreso y a los turistas, a menudo mediante la transformación de lo que antes era una convivencia informal entre bailarines, percusionistas y participantes e imponiendo en su lugar unos límites más rígidos y unos escenarios que dividen claramente a observadores y artistas. Los municipios locales han sido llamados a colaborar en la conservación de estas tradiciones, que pueden ser aprovechadas para atraer turistas e impulsar las economías locales. Eric Hobsbawm y Terrance Ranger, en sus reflexiones acerca de la naturaleza fabricada de la mayoría de las tradiciones europeas a finales del siglo XIX y principios del XX, argumentan que a pesar de ser recientemente “inventadas” o fabricadas a partir de retazos del pasado, evocan una atemporalidad que es atractiva, particularmente para aquellas sociedades que están experimentando rápidos procesos de cambio (Hobsbawm y Ranger, 1983). Particularmente, en el contexto postcolonial de cambio rápido de una nación que tiene más de un tercio de sus miembros en el extranjero, el pasado y la invocación de una vida rural tiene un gran atractivo afectivo para aquellos que desean volver a su país de origen. Las *festas* como San Jon atraen a quienes dejaron su país de origen y desean regresar a un orden social donde la convivencia se hace artesanalmente y en el que las interacciones sociales se hacen de manera informal sin reglamentación. Sin embargo, estas tradiciones y las formas en las que son celebradas están cambiando también de forma acelerada debido a las transformaciones económicas y a las políticas neoliberales, las cuales fomentan el crecimiento del sector servicios y transforman la vida rural. Por tanto, de manera inadvertida se han convertido en atractivas para aquellos migrantes que quieren valorar si sigue siendo viable y deseable retornar a su cambiado país de origen. Particularmente, para los migrantes procedentes de EEUU, quienes no pueden permitirse el lujo de pasar tiempo fuera del trabajo ni el alto coste de viajar regularmente a Cabo Verde, volver por San Jon les proporciona la capacidad de evaluar críticamente los cambios locales sin dejar de participar en una fiesta familiar.

Regresar a su propia tierra natal, en este caso a su isla de nacimiento, no es un mero acto económico en función de los ahorros adquiridos. El propio regreso debe ser prefijado y calculado cuidadosamente en articulación con el país de origen, con quienes se quedaron, y con otros migrantes que también están estableciendo los estándares materiales para un retorno confortable. En las áreas rurales, la red de seguridad de retorno está aún entrelazada con la capacidad de permanecer conectado al mundo exterior de Cabo Verde. Para las personas mayores jubiladas que han regresado, esas conexiones son vitales para mantenerse y son esenciales para la propia seguridad social informal. Regresar es, por tanto, un largo proceso dialógico que es coproducido por quienes van siguiendo múltiples rutas y países de destino, por quienes se quedan cuidando y creando las condiciones para el regreso de los migrantes, en contra de una matriz socioeconómica de cambio. En particular, en las islas rurales que tienen pocas oportunidades de empleo, este retorno implica una generosidad de espíritu y una capacidad de invertir y asignar recursos al propio pue-

blo, mientras se trabaja en el extranjero. El retorno, por tanto, exige un compromiso constante con un país de origen cambiante. A menudo, para quienes se quedan al cuidado de los bienes de los que se van, el regreso de los migrantes —desde cónyuges y otros familiares cercanos hasta primos lejanos y amigos de confianza— se espera constantemente. San Jon proporciona el escenario para el encuentro de estas vidas vividas en distintos continentes y que están entre el país de origen y los países de destino.

Cuándo y cómo retornan los migrantes es un tema omnipresente en cada conversación cotidiana a través del teléfono, los mensajes de Facebook, el Viber o los correos electrónicos. Desde las decisiones sobre construir nuevas viviendas o restaurar las antiguas, sobre la conveniencia de construir uno o dos cuartos de baño en la casa de sus sueños, decidir el número de habitaciones en función de los ideales encontrados en el extranjero o en comparación con los demás, hasta las vacilaciones sobre qué cultivos replantar en jardines abandonados, todas estas decisiones requieren la capacidad de proyectar en el futuro una vida en la isla que ha sido planeada desde el extranjero y que solo puede ser al menos parcialmente materializada y actualizada en su medio actual.

La celebración de las fiestas tradicionales, como es el caso de *San Jon*, y su preservación a través del tiempo en los pueblos rurales que han perdido la mayor parte de su población en edad de trabajar por la migración, se debe en gran parte a este movimiento continuo de salidas y retornos. Para los que se van, la preservación y la defensa de tales tradiciones —a menudo mayor de la que lleva a cabo la gente del lugar— es una cuestión de preservación de la memoria y la pertenencia. Por tanto, más allá de un atractivo local diseñado para atraer migrantes y sus remesas, las fiestas también se traducen en oportunidades sociales de evaluar y comparar la experiencia migratoria propia con la de los demás. Compartir incertidumbres y ambivalencias sobre el retorno, así como la evaluación de la calidad de vida de aquellos que regresaron, también forman parte del encuentro aparentemente lúdico. Por tanto, analíticamente debemos reexaminar las *festas* colectivas como San Jon más allá de su atractivo folclórico más aparente. Los migrantes utilizan instrumentalmente estas ocasiones para involucrarse con otros migrantes y elegir selectivamente revitalizar los lazos con sus países de origen. Del mismo modo, las *festas* proporcionan un espacio abierto y accesible a través del cual examinar y evaluar todo lo que se pone en juego, las expectativas y la inversión material necesaria para retornar. Lo que se pone en juego es mucho y la mayoría de los migrantes no regresarán. Algunos porque no pueden permitírselo, otros porque eligen no hacerlo y prefieren, en su lugar, jubilarse en el país de destino o en cualquier otro. Al igual que con los migrantes americanos que en principio planearon ir a San Jon pero acabaron posponiendo su viaje a casa, la mayoría continuará anunciando que “quizás iré el próximo año”.

El hecho es que uno no puede encontrar el lugar que dejó. Pero para los migrantes, el tiempo no pasa sobre sus países de origen. Por el contrario, las islas son imaginadas como un terruño anhelado, en espera desde el día en que se fueron. En esta ilusión, San Jon vive y se celebra año tras año con tambores, bailes, *grogue* y pancartas dando la bienvenida a los migrantes que vuelven a casa. En medio de las celebraciones de San Jon hay vidas vividas a lo largo de diferentes continentes reproduciendo el movimiento atlántico de múltiples salidas y retornos, sosteniendo el dicho de *Si Ka Badu, ka ta biradu*.

5. Referencias bibliográficas

- Åkesson, Lisa (2004). *Making a Life: Meanings of Migration in Cape Verde*. Department of Social Anthropology: Göteborg: Göteborg University.
- (2013). “The Queue Outside the Embassy: Remittances, Inequality, and Restrictive, Migration Regimes.” *International Migration*, 51: e1-e12.
- (2011). “Remittances and relationships: Exchange in Cape Verdean transnational families”, *Ethnos*, 76: 326-347.
- Banco de Cabo Verde (2012). Board of Directors’ Report: *Annual Report and Accounts*. <http://www.bcv.cv> Extracted from the WWW May 2016.
- Batalha, Luis; Carling, Jorgen (Eds.) (2008). *Transnational Archipelago: Perspectives on Cape Verdean Migration and Diaspora*. Amsterdam: University Press.
- Bigman, Laura (1992). *History and Hunger in West Africa: Food Production and Entitlement in Guinea-Bissau and Cape Verde*. Westport, CN: Greenwood Press.
- Brooks, George E (2006). “Cabo Verde Gulag of the South Atlantic: Racism Fishing Prohibitions, and Famine.” *History in Africa*, 33: 105-135.
- Carling, J. (2004). “Emigration, return and development in Cape Verde: The impact of closing borders”, *Population, Space, and Place*, 10: 113-132.
- (2002). “Migration in the Age of Involuntary Immobility: theoretical reflections and Cape Verdean Experiences.” *Journal of Ethnic and Migration Studies*. 28: 5-42.
- Correia, Maria do Rosário Lopes (2013). *Remessas dos Emigrantes e Desenvolvimento de Cabo Verde*. Dissertation, Praia, Cape Verde: Universidade Jean Piaget de Cabo Verde.
- Filho, Wilson Trajano (2015). “On Colors and Flags in the Hinterland of Cape Verde’s Santiago Island.” *Mande Studies*. 16-17: 93-106.
- Gottlieb, Alma (2015). “Crossing Religious Borders: Jews and Cabo Verdeans.” *Mande Studies*, 16-17: 31-68.
- Grassi, Marzi and Évora, Iolanda (Eds.) (2007). *Género e Migrações Cabo-Verdianas* Lisbon: Instituto das Ciências Sociais.
- Green, Toby (2015). “Memories of Violence: Slavery, The Slave trade, and Forced Labour in the Greater Senegambia in the Past and Present.” *Journal of Mande Studies*, vol. 16: 170-180.
- Halter, Marilyn (1993). *Between Race and Ethnicity, Capeverdean American Immigrants*. Chicago: University of Illinois Press.
- Hobsbawm, E. & Ranger T (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INE. Instituto Nacional de Estatística (2010) <http://www.ine.cv/censo/censo2010.aspx>. Retrieved from the internet December 2015.
- Langworthy, Mark and Finan, Timothy (1995). *Waiting for Rain: Agriculture and Ecological Imbalance in Cape Verde*. London: Lynne Rienner Publishers.
- Meintel, Deirdre (1984). *Race, Culture, and Portuguese Colonialism in Cabo Verde*. Syracuse, NY: Syracuse University, Maxwell School of Citizenship and Public Affairs.
- Rodrigues, Isabel P. B. Fêo (2003). “Islands of Sexuality: Theories and Histories of Creolization”. *International Journal of African Historical Studies*, 36 (1): 83-103.
- (2008). “From Silence to Silence: The Hidden Story of a Beef Stew in Cape Verde”. *Anthropological Quarterly*, 81(2): 343-376.
- (2015). “Grammars of Faith For Unruly Speakers: Creolization and the Transmission of Portuguese in Cabo Verde.” *Mande Studies*, 16-17: 5-29.
- Rúa, Teofilo Altamira (2010). *Migration, Remittances and Development in a Time of Crisis*. Lima, Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Urry, John (2007). *Mobilities*. Malden, United Kingdom: Polity Press.

World Bank (2011). *Migration and Remittances Factbook 2011*. Washington, DC: World Bank.